

Carácter testimonial de la fe cristiana

Guillermo Juan Morado
INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIGO
VIGO

RESUMEN Partiendo de las referencias de los textos pontificios *Porta fidei* y *Lumen fidei* al testimonio, este artículo pretende mostrar cómo el carácter testimonial de la fe es un elemento intrínseco de la misma. Considerando el centro de la fe –la Persona de Cristo–, el carácter global y totalizante del creer, así como la singularidad de la transmisión de la fe cristiana, esta dimensión testimonial encuentra su fundamento. En el vínculo que une fe y amor radica la clave que explica la relación interna que existe entre fe y testimonio.

PALABRAS CLAVE Fe, testimonio, creer, Revelación, amor, transmisión de la fe.

SUMMARY *Starting from the references of the pontifical texts Porta fidei and Lumen fidei to testimony, this article tries to show how the testimonial nature of faith is an intrinsic element of it. This testimonial dimension finds its basis considering the center of faith –Jesus Christ –, the total and complete nature of believing as well as the singularity of transmission of Christian faith. In the link joining faith and love is the key to explain the inner relationship between faith and testimony.*

KEYWORDS Faith, Testimony, Believe, Revelation, Love, Transmission of Faith.

I. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es estudiar la relación que existe entre fe cristiana y testimonio. Una categoría, *testimonio*, que ocupa un lugar destacado en el magisterio de la Iglesia y en la reflexión teológica¹. En el contexto del

1 Como prueba de la enseñanza magisterial sobre el testimonio se pueden consultar los abundantes textos recogidos en la siguiente obra: PONTIFICIO CONSIGLIO PER LA PROMOZIONE DELLA NUOVA EVANGELIZZAZIONE, *Enchiridion della Nuova Evangelizzazione* (Città del Vaticano 2012) 1415. Desde la perspectiva teológica, resulta muy completo el tratamiento de la cuestión que hace S. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental* (Salamanca 2009) 572-660.

Año de la Fe, nuestra finalidad es mostrar cómo el testimonio no es, simplemente, una consecuencia de la fe, sino una dimensión interna de la misma; es decir, que la fe posee un carácter testimonial.

¿Qué significa la palabra *testimonio*? Sustancialmente, este término se emplea para referirse a la unión, a la coherencia, entre fe y vida. Creer, si la fe es auténtica, es indisociable de testimoniar lo que se cree. Al creer, “lo que hacemos no es tanto aceptar la verdad en un acto puramente intelectual, sino abrazarla en una dinámica espiritual que penetra hasta la esencia de nuestro ser. Verdad que se transmite no solo por la enseñanza formal, por importante que esta sea, sino también por el testimonio de una vida íntegra, fiel y santa”².

Nos aproximaremos a esta problemática haciéndonos eco de las referencias que al testimonio hacen dos importantes documentos promulgados en el Año de la Fe: La carta apostólica *Porta fidei* (PF), de Benedicto XVI, y la encíclica *Lumen fidei* (LF), del papa Francisco.

En un segundo momento, buscaremos los fundamentos que subyacen en el vínculo que conecta intrínsecamente la fe con el testimonio. Intentaremos mostrar cómo este nexo se esclarece si se tiene en cuenta que Jesucristo es el centro de la fe y, a la vez, el Testigo fiel y veraz.

Igualmente, nos fijaremos en el carácter global, totalizante, del acto de creer, así como en la peculiaridad que determina la transmisión de la fe: esta transmisión se realiza de persona a persona, de testigo a testigo.

En la conclusión, haremos un balance de en qué medida la consideración del aspecto testimonial de la fe puede ayudar a una comprensión más profunda de la misma.

II. EL AÑO DE LA FE: LA IMPORTANCIA DEL TESTIMONIO CRISTIANO

Como ya se ha indicado, los dos documentos más significativos relacionados con el Año de la Fe son la carta apostólica *Porta fidei* y la encíclica *Lumen fidei*. En ambos textos sobre la fe se hacen múltiples referencias al testimonio cristiano. Trataremos de recoger en este apartado lo esencial de estas referencias.

2 BENEDICTO XVI, “Vigilia de oración por la beatificación del Cardenal John Henry Newman”, Londres, 18-9-2010.

1. LA CARTA APOSTÓLICA "PORTA FIDEI"

En la carta apostólica *Porta fidei*, con la que se convoca el Año de la Fe, el papa Benedicto XVI alude en numerosas ocasiones al testimonio. Recordando que no es la primera vez que la Iglesia celebra un Año de la Fe, Benedicto XVI evoca la iniciativa de Pablo VI, quien proclamó un Año similar en 1967 "para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio" (PF 4).

Esta *conmemoración*, este *hacer memoria* del martirio –*supremo testimonio*– de San Pedro y San Pablo no era un mera evocación de un acontecimiento pasado, sino un recuerdo que entrañaba un compromiso para el presente: ante todo, profesando la fe del Pueblo de Dios "para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva", a fin de "dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado" (PF 4).

El testimonio apostólico fundante, rubricado con el martirio, es relacionado de este modo con el actual testimonio cristiano, siguiendo una lógica que armoniza la continuidad con la apertura a la novedad: los contenidos esenciales de la fe no varían, pero han de ser comprendidos y profundizados con la finalidad de que en situaciones históricas nuevas se dé un testimonio coherente con los orígenes.

Algo similar pidió Benedicto XVI a propósito de la hermenéutica del Concilio Vaticano II. Para que el Concilio suponga "una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia" habrá que comprenderlo no desde la ruptura, sino desde "la 'hermenéutica de la reforma', de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia"³.

La renovación de la Iglesia alcanza una dimensión concreta en la vida de los cristianos, ya que "pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó" (PF 6).

El amor de Cristo mueve a la conversión y a la vida nueva de los bautizados; una vida nueva que "plasma toda la existencia humana en la novedad

3 Cf. BENEDICTO XVI, "Discurso a la Curia Romana", 22 diciembre 2005. Cf PF 5.

radical de la resurrección” (PF 6). La fe es inseparable de esta transformación completa del hombre y se convierte en “un nuevo criterio de pensamiento y de acción” que cambia toda la vida. Asimismo, el amor de Cristo está en el origen de la evangelización. La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica. De este modo, el testimonio resulta fecundo. Como decía San Agustín, los creyentes “se fortalecen creyendo” (PF 7).

En el propósito del papa Benedicto XVI el Año de la Fe ha de estar orientado no solo a confesar y a celebrar la fe, sino también a que “el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble” (PF 9); “un testimonio y un compromiso público” (PF 10). La credibilidad del testimonio implica asumir la responsabilidad social de dar cuenta del contenido y de las razones de la fe, ya que creer no es un hecho privado: “La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso” (PF 10).

A propósito del *Catecismo de la Iglesia Católica*, Benedicto XVI incide en la conexión que vincula sus diversas partes:

A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del *Catecismo* sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración (PF 11).

El Año de la Fe ha de tener, según el Papa, un carácter que podríamos calificar como *narrativo*, volviendo a recorrer la historia de nuestra fe, en la que se entrecruzan la santidad y el pecado. La santidad se pone de relieve en “la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida” (PF 13).

La historia de la fe tiene su inicio y cumplimiento en Jesucristo (cf Hb 12,2) y encuentra ejemplos singulares en la Virgen María, en los apóstoles –testigos fieles de la Resurrección–, en los primeros discípulos y en los mártires, “que entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores” (PF 13).

La historia de nuestra fe es también la historia de tantos cristianos que se consagraron a Dios, la de tantos que lucharon por la justicia y, asimismo, la de tantos hombres y mujeres que “han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban” (PF 13).

Una unión especial vincula la fe a la caridad. En consecuencia, el Año de la fe “será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad”, sabiendo que “la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino” (PF 14).

Mirando a la situación presente y tratando de percibir los signos de los tiempos, Benedicto XVI señala que la fe “nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo” (PF 15). Se trata de una tarea urgente porque “lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin” (PF 15).

2. LA ENCÍCLICA “LUMEN FIDEI”

Casi al comienzo de la encíclica *Lumen fidei* el papa Francisco destaca el carácter testimonial de la fe refiriéndose a los primeros cristianos. La misión de estos estaba animada por “la convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia” (LF 5).

En las Actas de los mártires se recoge la respuesta del cristiano Hierax ante el prefecto romano: “Nuestro verdadero padre es Cristo, y nuestra madre,

la fe en él”⁴. ¿Por qué la fe es considerada una “madre” por estos cristianos? Porque, como indica el Papa, la fe, en cuanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, “los daba a luz, engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la existencia por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta el final” (LF 5).

En el capítulo primero de la encíclica se hace, de un modo similar al de *Porta fidei*, una aproximación narrativa a la fe: “si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes, cuyo testimonio encontramos en primer lugar en el Antiguo Testamento” (LF 8). Se trata, pues, de la historia concreta de hombres y de mujeres cuyas existencias se vieron transformadas por la fe: entre ellos, Abrahán, el pueblo de Israel y la figura mediadora de Moisés.

En esta misma clave testimonial se sitúa el acontecimiento de la muerte de Cristo, en el que encontramos la mayor prueba de la fiabilidad del amor de Dios. En la cruz “resplandece el amor divino en toda su altura y amplitud” y, por consiguiente, en la cruz se sitúa “el momento culminante de la mirada de la fe” (LF 16). Este amor que no se sustrae a la muerte hace posible creer. De la contemplación del Crucificado brota el solemne testimonio de San Juan “para que también vosotros creáis” (Jn 19,35).

La muerte de Cristo no se puede separar de su resurrección. Justamente en cuanto resucitado Él es “testigo fiable, digno de fe (cf Ap 1,5; Hb 2,17), apoyo sólido para nuestra fe” (LF 17). Creer es participar en el modo de ver de Jesús. Creer es, ante todo, “creer a” Jesús y “creer en” Jesús, aceptando su Palabra, su testimonio, porque Él es veraz (cf Jn 6,30; LF 18). La fe es algo más que aceptar su enseñanza; es acogerlo “personalmente en nuestra vida” y confiarse a Él, “uniéndonos a Él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino” (LF 18).

Tratando acerca de la relación entre fe, verdad y amor, el papa Francisco niega la supuesta conexión que vincularía, según algunos, verdad con violencia. La fe no nos aísla y mucho menos nos hace intolerantes. De la seguridad de la fe brotan el testimonio y el diálogo: “En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos” (LF 34), también con los seguidores de las otras religiones e incluso con los no creyentes que, hasta sin saberlo, buscan a Dios intentando vivir “como si Dios existiese” (LF 35).

4 *Acta Sanctorum*, Junii, I, 21. Citado en LF 5.

La transmisión de la fe se lleva a cabo “mediante una cadena ininterrumpida de testimonios”, a través de los cuales llega a nosotros el rostro de Jesús (cf LF 38). Este modo de transmisión es coherente con el carácter interrelacional del conocimiento humano y es indisociable del aspecto eclesial (y pneumatológico) de la fe: “El pasado de la fe, aquel acto de amor de Jesús, que ha hecho germinar en el mundo una vida nueva, nos llega en la memoria de otros, de testigos, conservado vivo en aquel sujeto único de memoria que es la Iglesia” (LF 38).

De la consideración conjunta de estos dos documentos emergen una serie de constantes. Sin ánimo de exhaustividad, señalamos como más relevantes las siguientes: la importancia de dar un testimonio coherente de la fe en nuestro tiempo; la dimensión concreta del testimonio; la visión de la fe como una realidad que transforma completamente al hombre; el carácter de encuentro personal que posee la fe; la centralidad de Cristo, particularmente de su Pascua, como objeto de la fe; el indisociable nexo que une fe y seguimiento; la singularidad de la transmisión de la fe y la relación entre fe y amor.

Un elemento muy importante es la aproximación a la historia de la fe. No se deduce qué es la fe en abstracto, a priori, sino partiendo de la narración de la historia de los creyentes.

Como hemos adelantado en la introducción, creemos que el estudio del carácter testimonial de la fe queda fundamentado ateniendo especialmente a tres aspectos: al centro de la fe, que es Jesucristo; a la globalidad, o totalidad, del acto de fe y a la condición personal de la transmisión de la fe.

III. EL CENTRO DE LA FE: JESUCRISTO, EL TESTIGO FIEL Y VERAZ

Jesucristo es el centro de la fe, ya que Él es el Revelador y la Revelación del Padre: “Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino” (DV 4).

Es la globalidad del misterio de la Encarnación lo que manifiesta al Padre y lo que confirma esta manifestación. El acontecimiento de la Encarnación

pone de relieve en grado sumo el carácter histórico y económico de toda la revelación y proporciona la clave interpretativa de su dinámica.

En Jesucristo, centro y plenitud de la revelación, el mensaje se personifica. En consecuencia, responder a la revelación es situarse ante una Persona: “Desde el principio hasta el fin la persona de Cristo es para los cristianos, como lo fue para Abrahán, el centro y la plenitud de la dispensación”, escribía el beato Newman⁵.

En el misterio de la Encarnación, acontecimiento absolutamente novedoso e impredecible, sin parangón en este mundo, el hombre encuentra la historia de la Verdad, la manifestación completa y definitiva de los atributos divinos⁶.

El papa Benedicto XVI ha destacado en numerosas intervenciones la centralidad de Jesucristo para la fe. Al abordar en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (VD) la cristología de la Palabra escribe, refiriéndose a la Encarnación: “La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad” (VD 11).

Por esta razón, tal como había enseñado en *Deus caritas est*, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, 1). Jesús es el *Verbo abreviado*, la Palabra que no solo se puede oír, que no solo tiene una voz, sino “que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret” (VD 12).

El gran signo que acredita la credibilidad de la revelación cristiana es, por consiguiente, el mismo Cristo, que se hace perceptible hoy a través del signo de la Iglesia⁷. A Jesucristo tenemos acceso a través del testimonio de los apóstoles; un testimonio realizado en la fe de un acontecimiento acaecido en la historia. La fe y la historia no se contraponen ni se sustituyen la una a la otra. La fe resulta necesaria para captar en la historia la intervención de Dios.

5 J. H. NEWMAN, *An Essay in Aid of A Grammar of Assent* (Oxford 1985) 464.

6 Cf. G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos* (Roma 2000) 70.

7 Cf. S. PIÉ-NINOT, *La teología Fundamental*, 322-323.

La credibilidad de Jesús de Nazaret se apoya en una triple base: la perfecta coherencia entre el fondo y la forma, entre lo que es y lo que aparece; la historicidad de su figura, a la que podemos acceder también con la ayuda de los métodos histórico-críticos; y, en tercer lugar, en la relevancia de Jesús para luminar el sentido de la vida humana.

Nuestra coherencia casi nunca es perfecta. Podemos aparentar ser lo que no somos. En Jesús no existe ni un átomo de disonancia entre lo que parece que es y lo que es en realidad: el Hijo de Dios y el Salvador del mundo⁸. Su actuación, sus palabras y sus obras, responden plenamente a su identidad más profunda.

La coherencia de Jesús no es el resultado de la imaginación de un escritor dotado para crear personajes que al lector les resulten verosímiles. Jesús ha habitado entre nosotros, ha entrado en nuestra historia, y de su vida terrena tenemos huellas y datos a los que podemos acceder mediante una investigación histórica que, sin traicionar la autonomía propia de sus métodos, no renuncie tampoco a abrirse a la luz que pueda proceder de la fe. Sabemos qué ha hecho Jesús, pero sabemos también –podemos saberlo– cuál fue su modo de acercarse a la muerte y cuál fue, en definitiva, su autoconciencia.

Sobre todo con su Pascua, con su Muerte y Resurrección, Jesús confirma con testimonio divino la revelación. Él es “el que inició y completa nuestra fe” (Hb 12,2) y el “testigo fiel” (Ap 1,5) La credibilidad de su testimonio radica en la credibilidad de su amor: “Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rm 5,8).

En la unidad del acontecimiento pascual, el amor trinitario de Dios sale al encuentro de la humanidad⁹. La muerte de Cristo expresa en el lenguaje humano la totalidad de la revelación del amor de Dios. San Marcos anota que el centurión que estaba en frente de la Cruz, “al ver cómo había expirado”, dijo: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios” (Mc 15,39).

Pero la muerte adquiere toda su plenitud de significado a partir de la resurrección, ya que la esencia del amor trinitario no se detiene ante la muerte, sino que en la muerte se hace vida. El amor de Dios es, literalmente, más fuerte que la muerte (cf. Ct 8,6).

8 Cf. R. FISICHELLA, “Credibilidad”, en: *Diccionario de Teología Fundamental*, dir. R. LATOURELLE – R. FISICHELLA – S. PIÉ NINOT (Madrid 1992) 205-225.

9 Cf. *Id.*, “Cristología. I. Fundamental”, en: *Diccionario de Teología Fundamental*, 226-232.

La muerte del Señor demuestra su inmenso amor, pero “solo su resurrección es ‘prueba segura’, es certeza de que lo que afirma es verdad, que vale también para nosotros, para todos los tiempos”¹⁰.

Sin la fe firme en la resurrección de Jesús se debilita el testimonio de los creyentes: “si falla en la Iglesia la fe en la Resurrección, todo se paraliza, todo se derrumba. Por el contrario, la adhesión de corazón y mente a Cristo muerto y resucitado cambia la vida e ilumina la existencia de las personas y de los pueblos”¹¹.

Pero no bastaría con estos dos factores –la coherencia y la historicidad–; es preciso asimismo que Jesús tenga algo que decir para la vida del hombre, que nos concierna de algún modo, que no podamos prescindir de Él –de su persona y de su mensaje– “sin falta y sin pérdida”¹². Porque, tal como enseña el Concilio Vaticano II, “el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22).

IV. LA GLOBALIDAD DEL ACTO DE CREER

La fe encuentra en la revelación su contenido, su fundamento y su motivo último. Por su carácter de novedad, la revelación marca las condiciones peculiares que ha de tener la forma de aproximarse a ella¹³. Es la manifestación de Dios la que pide y suscita la respuesta de la fe.

El contenido de la fe es el misterio de Dios revelado en Jesucristo como verdad y salvación para el hombre. La revelación es el fundamento de la fe porque el misterio de Dios se hace accesible al hombre en la historicidad de la Encarnación. Este acontecimiento singular supone la garantía definitiva en la que apoyarse para abrirse a la novedad divina, pues el Absoluto asume como lenguaje expresivo la humanidad de Cristo, la globalidad de su presencia, de sus palabras y obras.

10 BENEDICTO XVI, “Audiencia General”, 26-3-2008; *Id.*, “Homilía en Verona. IV Congreso de la Iglesia Italiana”, 19-10-2006.

11 BENEDICTO XVI, “Audiencia General”, 26-3-2008.

12 M. BLONDEL, *Carnets Intimes I* (París 1961) 552.

13 Cf. G. JUAN MORADO, *También nosotros creemos porque amamos*, 385-392.

El fundamento es, por tanto, el motivo de la fe, porque solo creyendo a Cristo el hombre entra en contacto con la Verdad en la que consiste su salvación. Un reconocimiento de la verdad que salva que no se produce si el hombre no recibe, por pura gracia, el don de la fe como medio cognoscitivo proporcionado, ya que solamente se puede conocer a Dios a través del don de Dios.

La fe recibe su especificidad formal de su motivo y fundamento. El creyente se adhiere a la revelación *propter auctoritatem Dei revelantis*¹⁴, ya que es Dios mismo quien da testimonio de sí y quien garantiza su propio testimonio. Pero la *auctoritas* no es externa a la *revelatio*, porque la veracidad del testigo es inseparable de la verdad del testimonio.

Si tenemos en cuenta, como ya hemos dicho, que Cristo es el centro de la revelación, se comprende esta no exterioridad de la *auctoritas* con respecto a la *revelatio*: Él es simultáneamente el testigo fiel y veraz y la Verdad testimoniada; la *auctoritas Dei revelantis* “en su realidad concreta e irreductible”¹⁵.

Desde la perspectiva del sujeto, el acto de fe es la *respuesta* del hombre a la revelación divina (cf DV 5). A Dios que se revela, el hombre le presta con la fe el pleno *obsequium* de la inteligencia y de la voluntad¹⁶. El Concilio Vaticano II, incorporando esta doctrina, presenta la fe como un acto que es, a la vez, entrega total y libre del hombre a Dios que se revela y voluntario asentimiento a lo que Él revela.

La fe es un único acto que consiste en la entrega obediencial de todo el hombre a Dios. Conceder prioridad a la síntesis sobre el análisis de la fe ayuda a preservar esta unidad. La fe es gracia, don divino, y considerada como una cualidad estable del alma es una virtud sobrenatural infundida por Dios.

La Encarnación ha manifestado en la historia la llamada a la comunión de vida con Él que Dios dirige al hombre. Por la gracia lo humano es asumido por lo divino en orden a una plenificación gratuita. Dios *connaturaliza* consigo al hombre iluminando su inteligencia con la luz de la fe y atrayendo su voluntad para que el hombre se sienta inclinado a creer la revelación. La gracia prepara al hombre a la fe transformando su corazón, el centro de su personalidad, y convirtiéndolo hacia Dios.

14 DH 3008.

15 Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria*, I (Madrid 1985) 144.

16 Cf. DH 3008.

Siendo don divino, la fe es a la vez un acto humano, personal; un acto intelectual y moral mediante el cual el hombre accede al conocimiento de la revelación y compromete plenamente su libertad. Es todo el hombre el que cree, el que se sitúa ante la revelación divina –ante Cristo– y responde a ella. Con Cristo, “la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida” (VD 25).

En el acto de fe se expresa en síntesis lo que el hombre es, quiere y conoce. Al creer, el hombre renuncia a erigirse a sí mismo en medida y criterio de toda verdad y se adhiere de forma total y permanente a la revelación divina para entrar en comunión con el misterio de Dios, percibido como salvación y sentido definitivo de la propia vida.

La fe no es una mera adhesión teórica, sino también práctica. El creyente, al confiar la propia vida a Cristo, se abre a la transformación de su propia existencia. La fe, por su carácter totalizante, determina radicalmente la orientación del propio ser y se convierte en un principio de acción que se plasma en la *sequela Christi*¹⁷.

Tocamos, de este modo, el aspecto central del carácter testimonial de la fe cristiana. La fe sin obras, la fe separada de la vida, disociada del testimonio, es vana. Es una fe muerta, como decía el apóstol Santiago (2,14-16). Y San Pablo sostiene que la fe verdadera va acompañada necesariamente de las obras producidas en nosotros por el Espíritu (Rm 8,4; Ef 2,8-10).

Aunque la pérdida de la unión con Dios por el pecado no implica necesariamente la desaparición de la fe, eso no significa que la fe pueda existir sin la aspiración al amor de Dios, a la salvación. En definitiva, “la vida cristiana no es una consecuencia de la fe, sino su auténtica realización en el hombre; por la acción asiente el hombre plenamente al misterio de Cristo como real”¹⁸.

17 Cf. G. LANGEVIN, “Fe”, en: *Diccionario de Teología Fundamental*, 472-479.

18 J. ALFARO, “La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano”, en: *Concilium* 21 (1967) 61. “Una fe sin amor es una fe truncada, una fe contradictoria, se puede decir que es una fe mentirosa”, F. SEBASTIÁN AGUILAR, *La fe que nos salva* (Salamanca 2012) 291-352.

V. LA TRANSMISIÓN DE LA FE: DE TESTIGO A TESTIGO.

La revelación, como ya hemos señalado, no es principalmente la codificación escrita de un mensaje *a se stante*, sino que es el anuncio de una Verdad personal; de Jesucristo. La obediencia de la fe no se presta a un texto o a un mensaje aislado, sino a una Persona viva. En consecuencia, la tradición o transmisión de la revelación posee un carácter personal y, por ende, testimonial.

A propósito de la dimensión eclesial del creer, el *Catecismo de la Iglesia Católica* emplea una imagen significativa: “Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes”¹⁹. La cadena está formada por una serie de muchos eslabones enlazados entre sí, de modo que unos se sustentan en otros y, a su vez, ayudan a sustentar a otros. Lo mismo sucede con la transmisión de la fe: a modo de eslabones de la gran cadena de la Iglesia hemos recibido la fe de otros y, a su vez, la transmitimos a otros. Tal como señala el papa Francisco, “mediante una cadena ininterrumpida de testimonios llega a nosotros el rostro de Jesús” (LF 38).

El Concilio Vaticano II resalta el carácter personal de la tradición apostólica: “Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación (cf. 2 Co 1,20 y 3,16-4,6), mandó a los Apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio” y ellos, los apóstoles, “con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó”. Los mismos apóstoles “y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo” (DV 7).

Los textos se refieren claramente a acciones llevadas a cabo por personas: Cristo, los apóstoles, otros de su generación... Acciones sustentadas por la actuación, también de carácter personal, del Espíritu Santo.

La Escritura, en la que se expresa de un modo especial la predicación apostólica (cf. DV 8), no se convierte en un código muerto y desvinculado de la transmisión continua, pues al ser leída e interpretada en la tradición de la Iglesia “Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. Col 3,16)” (DV 8).

¹⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 166.

En *Lumen fidei*, el papa Francisco subraya esta índole personal de la transmisión/tradición de la fe: “La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama” (LF 37). Nada puede suplir esta transmisión viva, que es mucho más que la entrega de un texto.

La fe se transmite “como palabra y luz”, como confesión ante los otros y como brillo de la luz de Cristo que se refleja “de rostro en rostro”: “La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión, y, de este modo, resuena para los otros invitándolos a creer”, dice el Papa. Y más adelante añade:

La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama (LF 37).

¿Cuál es el ámbito en el que la fe se transmite y comunica? El Papa indica que los sacramentos constituyen el “ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica” (LF 40), ya que no se trata de transmitir simplemente un contenido doctrinal, sino una luz nueva que afecta a toda la persona:

lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca a la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros (LF 40).

Los sacramentos son el medio adecuado de transmisión de la fe porque “ponen en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones” (LF 40). En ellos se comunica una “memoria encarnada” que implica a la totalidad de la persona²⁰.

20 “En ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de vida, asociada a los sentidos; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias” (LF 40).

Esta vinculación entre tradición y fe hace tomar conciencia de la estructura sacramental de la misma fe, ya que abrirse a la fe supone descubrir un sentido sacramental en el que “lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno” (LF 40). En los sacramentos se da la unidad entre lo espiritual y lo material y por ello tocan, por decirlo así, la esencia del hombre, que es una unidad de espíritu y cuerpo.

La estructura sacramental de la fe y de su transmisión es coherente con la sacramentalidad de la revelación misma, que “se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas” (DV 2). En esta misma línea se inserta la enseñanza de Benedicto XVI en la exhortación *Verbum Domini* sobre la “sacramentalidad de la Palabra”, que tiene su fundamento en la Encarnación: “La Palabra de Dios se hace perceptible a la fe mediante el ‘signo’, como palabra y gesto humano” (VD 56).

La transmisión de la fe se realiza, por consiguiente, por medio de los sacramentos: del Bautismo, que nos coloca –también a los niños– en el ámbito nuevo de la Iglesia y, de modo destacado, por medio de la Eucaristía. En los sacramentos la Iglesia transmite su memoria mediante la profesión de fe; mediante la oración –singularmente el Padrenuestro– y mediante el decálogo.

Todas estas dimensiones constituyen una unidad, de la que es muestra el *Catecismo de la Iglesia Católica*, del que la Iglesia se sirve para comunicar el contenido completo de la fe; todo lo que ella es y todo lo que ella cree (cf. LF 46).

VI. CONCLUSIÓN

El Año de la Fe, tal como lo han expresado Benedicto XVI y el papa Francisco, no ha buscado únicamente profundizar en el conocimiento de la fe cristiana, sino –y de modo muy destacado– impulsar su vivencia concreta en la existencia de los creyentes.

La historia de la fe es la historia de hombres y mujeres que se han dejado transformar completamente por la novedad del Evangelio, por el encuentro con la Persona de Cristo. Este encuentro ha cambiado sus vidas, haciendo de ellos signos vivos de la presencia del Resucitado en el mundo.

El testimonio brota de la fe; más aun, es una dimensión esencial de la misma. La coherencia entre la fe y la vida; la armonía entre creer, pensar y

actuar, es una exigencia interna de la fe, que no es solo el reconocimiento de Cristo, sino que incluye asimismo el seguimiento.

El centro de la fe es Jesucristo, la Palabra de Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros. Creer es encontrarse con Él y orientar de modo decisivo la propia vida; es reconocer en su Pascua la manifestación del amor trinitario de Dios que abre un horizonte nuevo para la propia existencia.

El acto de fe es totalizante. Al creer, el hombre se entrega a Dios por completo, con la globalidad de su propio ser: la inteligencia, la voluntad, el corazón. Al creer, el hombre se compromete plenamente y pone en juego lo que es, lo que conoce y lo que quiere.

Solamente así, desde la integridad de una fe que se hace vida, resulta posible la transmisión de la misma; una transmisión que se lleva a cabo por contacto de persona a persona y que encuentra su ámbito adecuado en la celebración de los sacramentos, que afectan al hombre en la totalidad de sus dimensiones.

En el núcleo del Cristianismo está el amor, cuya credibilidad resplandece en la Cruz y en la Resurrección del Señor. Y es precisamente el amor lo que da forma a la fe, lo que la convierte en un principio de acción, lo que hace posible, en definitiva, que la fe sea plenamente fe.

Tanto en *Porta fidei* como en *Lumen fidei* se trata del vínculo que une a la fe con la caridad: “La fe y el amor se necesitan mutuamente” (PF 14). Más aun, como dice el papa Francisco en LF 26, citando a San Pablo, “con el corazón se cree” (Rm 10,10).

El amor da la clave para comprender en qué consiste el carácter testimonial de la fe cristiana y la naturaleza más íntima del creer: en el corazón “nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos transformen en lo más hondo. La fe transforma toda la persona, precisamente porque la fe se abre al amor” (LF 26).

Testimoniar la fe es dejarse “tocar” por Jesucristo, por su amor (cf LF 31), “dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia” (LF 46). Testimoniar la fe es vivir y contagiar ese amor que despliega el camino a la esperanza (cf LF 57).

El testimonio cristiano es la expresión y la síntesis concreta del dinamismo de la fe movida por la caridad y abierta a la esperanza.